



Abya Yala Caribe



REVISA DIGITAL
JUNIO 2019 / VOLUMEN 02

Enclave Femenina

Centro de Estudios Caribeños /
Universidad de Oriente

Cumaná - Venezuela

Abya Yala Caribe Revista Digital

Mayo/Vol. 2

Monográfico

En-Clave Femenina

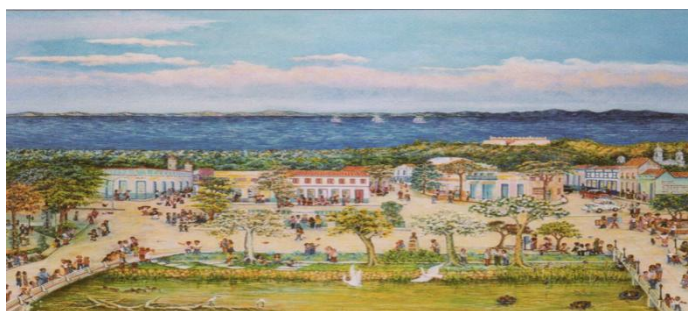
Abya Yala Caribe Revista Digital

CENTRO DE ESTUDIOS CARIBEÑOS
UDO-SUCRE
2019

Cumaná en la memoria pictórica

Antolina Martell

Amigos de la Herencia Cultural del Estado Sucre, AHCES.
Cumaná, Venezuela.
Email:



Cumaná vista desde el cerro Pan de Azúcar.¹

Esta invitación a conversar con ustedes me ha motivado a develar algunas incógnitas sobre cómo realizo mi trabajo y, sobre todo, qué me conduce a ello. Si me preguntan qué me motiva contestaría que lo sencillo y lo complejo del mundo: a diario las emociones tienen un papel revelador. Por ello mis estampas son ilustraciones representativas y descriptivas; pasan por el tamiz del recuerdo, el tiempo necesario. La paciencia y la dedicación son importantes para plasmar lo agradable.

El trabajo que hago con un grupo de amigos por el estado Sucre es resaltar lo trascendente, y lo hacemos bajo el lema: el pasado nos impulsa, el presente nos compromete. Los venezolanos acumulamos

¹ Cumaná. Pintura en acuarela por Antolina Martell.

objetos y recuerdos, pero de una generación a la siguiente se desvanecen. Infinitas son las causas que han motivado diásporas de los bienes de interés histórico y artístico que aún se encontraban en el seno de las familias o en las iglesias, a mediados del siglo XX. Nos ha preocupado también cómo la microhistoria se ha transformado en leyenda urbana y termina en discusiones sin fundamento debido a que los archivos están en pésimas condiciones.

Comienza mi pequeña historia:

En esta oportunidad, tomé en consideración señalar la etapa de la niñez. Esto porque tengo la absoluta seguridad de que lo concerniente a mí y a la formación de esos primeros años con la familia fueron decisivos cuando emprendí la difícil y compleja tarea de “aprender a pintar” y cultivar la admiración.

En la niñez, hasta los 8 años, me tocó vivir en una hacienda centenaria en el valle de Cumanacoa. Mis abuelos la rodearon de árboles, algunos frutales, otros maderables y había un jardín que ostentaba una gran colección de flores, una suerte de jardín botánico. No en vano se llamaba hacienda “La Florida”.

En temporada de recolección de café, subíamos toda la familia a la hacienda, ubicada en las faldas del Turimiquire, llamada “El Yaque”. La travesía era intensa a paso de mulas y arreos de burros: no menos de siete pasos de ríos. Salíamos temprano y llegábamos al atardecer. Imaginen los efectos de esa vida rural: era común que en mis juegos incluyera algún animal recién nacido al que debía domesticar.

Los cuentos, parte importante del día a día, los escuchábamos al final de la tarde. Todos tendían a ser aleccionadores, sacados de las vivencias. Algunos, como los miembros de la familia Quinal y Villafranca, los llegaron a versificar en las fiestas en la hacienda, en algún cumpleaños o después de una cacería de venados.

Cuando nos bañábamos en el río, mientras los otros saltaban y nadaban, a mí se me instalaba en una pequeña poza, al lado de las lavanderas, rodeada de piedras para evitar que me llevara la corriente. Allí, pasaba el rato buscando pequeñas piedras que pintar: así me distraía dibujando las rocas de mayor tamaño que me custodiaban. A los 15 años tenía una colección de piedras excepcionales. Luego, cuando estudié mineralogía en bachillerato, me sentí fascinada al comprender su conformación.

Siempre disfruté dibujar todos los días. Tal vez por ello me rodeó el estímulo familiar, de mis compañeras y maestros. También me gustaba leer biografías. Una de mis obligaciones en casa era dejar un tiempo para enseñar a leer y a escribir a los trabajadores de la hacienda.

A los 18 años, la Escuela de Arte Cristóbal Rojas era la mejor alternativa para contribuir a formar integralmente a un interesado en las técnicas de las artes plásticas y aplicadas. Nuestros profesores, en su mayoría Premios Nacionales, fueron ejemplos a seguir.

Al segundo año de estar en Caracas, me inscribí en el Centro Gráfico del INCIBA. Bajo la guía de Luis Chacón ejecuté las técnicas del grabado en metal; al ver cómo Pedro Calzadilla realizó su obra en LITOGRAFÍA, comprendí lo difícil de esta laboriosa técnica; también incursioné en la XILOGRAFÍA, pero fue la SERIGRAFÍA la que me permitió desarrollar mis proyectos al estilo CONSTRUCTIVISTA.

Desarrollé 5 series de serigrafías en los dos años de estudios en el Centro Gráfico, desde 1971 al 73. Allí se nos permitió a los más noveles exponer en salones y colectivas de relevancia nacional e internacional. En la presentación del catálogo de una de las exposiciones, realizadas por el Director del CEGRA-INCIBA, Luis Chacón, expresa lo siguiente:

Las largas charlas trasnochadoras, /las absortas contemplaciones al infinito/, no son precisamente los instrumentos utilizables para realizar un trabajo que tenga interés y que sea la necesidad de expresarse de una persona que cultiva su sensibilidad. Por lo contrario en este acto sublime está implícito el trabajo, la dedicación, la toma de conciencia y la responsabilidad, es ésta concretamente la actitud de estos ocho nuevos artistas que trabajan en el Centro Gráfico del Inciba aspirando mucho sin soberbia, porque ellos saben que no tienen casi nada en este momento, tan solo cuentan con su voluntad y sus grandes deseos de realizarse plenamente como artistas. Tarea algo difícil, si pensamos en aquello que dice: ¡si es posible ya está hecho!, estamos frente a este hecho que es una evidente verdad pero si pensamos en el revés de la oración ¡si es imposible se hará! he allí la cuestión, cuando estas frases las tomamos con seriedad y entera responsabilidad, los artistas sin distingo de edad, nuestras vidas, se convierten en un

mundo de angustias, amén de inconformidad, es el estilo o forma que cada artista tiene para representar su mundo que nunca es igual al de un segundo. Los medios con que se hace una obra siguen siendo los mismos tradicionales, poco importan. Interesa sí, por encima de todo, cuanto pueda acercarse a decir algo nuevo, más esa dosis suficiente de sinceridad que hay en cada artista, es lógico pensar que solo hay una vía para llegar a ello; tomar cuanto tenga validez del pasado mediato, e ir hacia el fondo de lo infinito para encontrar lo nuevo.

Es la tarea más difícil del ser humano cuando es un creador.

En el 73, ya graduada como profesora de Educación Artística, viajé a Europa y el encuentro con otras culturas y el intercambio con ellas despertó en mí la necesidad de conocer mejor la nuestra. En el año 1974 me inscribí en CEFORTEC-INCIBA para profundizar mis conocimientos sobre el folklore nacional. También me acerqué a la escuela de arqueología de la UCV. A partir de ese año, de la mano de buenos amigos conocedores de la materia, viajé por Venezuela. De todos los pueblos visitados, me encantó Sanare y su gente. Durante 2 años viajé todos los fines de semana para trabajar con la silenciosa pero laboriosa familia de la artesana Teodora Torrealba.

A mediados del año 1976 Jorge Peña y yo, casados, le hicimos la curaduría y montaje a esta distinguida loquera de Yay, habitante del sector Loma Curigua. Fue su primera exposición en Caracas, allí, bajo la sombra colorida del mural de LEGER en la Biblioteca Central de Venezuela.

En el año 1977 nace nuestra hija Omara, y nos dedicamos a realizar juguetes para ella. Esto dio como resultado otros para la venta, entusiasmo que aún perdura.

Luego de nuestra llegada a Cumaná en el año 1979, las esculturas de Jorge ocuparon un tiempo importante en casa, los juegos recuperaban su espacio en diciembre, y en mis ratos libres, como docente, investigué muchas formas para desarrollar una obra más relacionada con mi entorno social.

Pero fue en Diciembre de 1982 que fuimos a la Gran Sabana y Raúl Abreu visitó Haití. A finales de enero del año siguiente me sorprendieron la pérdida de las mejores fotos del viaje en un estudio

de revelado y la temprana muerte de Raúl, con quien compartíamos desde su casa, en la calle Parejo, la belleza de la Cumaná colonial a la faldas de sus castillos y de sus iglesias. Esto me hizo entrar en una nostalgia tan profunda que me puse a dibujar para rescatar esos espacios y los rostros de los amigos. Me negaba a olvidar, igual que hacía cuando era niña, cuando me separaron del paisaje y de la vida serena del valle de Cumanacoa. Jorge, al verme menos inquieta, me dijo: “Creo que deberías seguir pintando con ese estilo”.

Las vacaciones escolares eran para retomar a tiempo mi trabajo pictórico, por lo que comencé de nuevo a realizar serigrafías. Los temas fueron las haciendas de mi familia y el paisaje urbano de los alrededores de la calle Las Flores de San Francisco, donde he vivido.

Por lo tóxico de los solventes de la serigrafía, tomé la decisión de contratar a técnicos en esta materia para hacer las próximas y comencé a pintar en acrílico sobre tela. Esta última técnica permitió mi evolución hacia un retrato con mayor definición. Sigo con la temática de representar lo cotidiano en Cumaná y agrego los cuentos de la familia.

Una vez que doy por culminada la etapa docente, 25 años, hasta 1996, me regalé, por fin, dos años sabáticos para pintar en todo momento posible. Sin embargo, nunca olvidé lo sabroso de la investigación de campo y se me presentó la oportunidad de volver a ella con mi esposo, Jorge. Ambos, en el año 1997, formamos parte del equipo de FUNDAPATRIMONIO SUCRE y la Fundación TIERRA DE GRACIA.

Entre 1997 y el 2000 pasan hechos relevantes: después de 15 meses, el trabajo con la comunidad de la calle Parejo culmina con los proyectos para la conservación y preservación de 4 tallas de la Imaginería Colonial de la Iglesia Santa Inés y con el inventario del Archivo Parroquial de Cumaná. Realizamos un minucioso recorrido por cada uno de los municipios del Estado para conocer a los artistas y artesanos populares activos. Fue propicio el momento para también hacer paradas en las Iglesias que tuviesen algún santo colonial. Así es como surge la Asociación Amigos de la Herencia Cultural del Estado Sucre, AHCES, en el año 2001.



En el año 2005, por disposición de la UNESCO, se nos invita a participar en esta organización mundial como Centro UNESCO-AHCES.

Me intereso por la salvaguarda de los libros y documentos, mal ubicados, por lo tanto

con un destino incierto, en las casas de cultura, iglesias y registros. Por tal razón voy a Caracas y realizo estudios en la Biblioteca Nacional sobre Conservación de Papel. Esto pone en mi camino estos tesoros: un anedotario de Andrés Eloy Blanco, una acuarela de Egea López, 13 libros del Registro Principal, mapas y documentos de interés histórico y patrimonial de algunas colecciones privadas.

Siempre me atrae diciembre, porque siento que es el final de una jornada; me satisface buscar ese tiempo para compartir con amigos y conocidos, con la ciudad.

En estos dos últimos años, he dejado un tiempo en mi día a día para cumplir con un deseo contenido: escribir los cuentos de mi familia y los propios. De estos relatos surgen nuevos dibujos, nuevos espacios coloreados con una atmósfera delicada, como suelen verse los recuerdos.

La apertura de nuestra Casa Taller ha sido un compromiso y un gran reto por las circunstancias por las que atraviesa el país. En eso estamos: necesitamos tener un espacio cómodo para la creación y el compartir con la comunidad que nos ha visto entrar a la tercera edad.

² Los papagayos. Autora. Antolina Martell.